

Dossier

RUSIA, 1917-2017: UN SIGLO VERTIGINOSO

VIEJOS Y NUEVOS RELATOS SOBRE LAS REVOLUCIONES DE 1917*

Julián Casanova

CIEN años después de “aquellos diez días que sacudieron al mundo”,¹ los historiadores especialistas en Rusia examinan y debaten las tendencias y temas de investigación más influyentes en la reciente historiografía, aunque habían echado buenas raíces con anterioridad, desde el desplome de la Unión Soviética en 1991.

La apertura de archivos a partir de ese año tuvo un notable impacto en la investigación sobre la historia de Rusia en el siglo xx. Muchos historiadores abandonaron los “estereotipos ideológicos”, centrados en el mito de la “Gran Revolución Socialista de Octubre”, que habían dominado la historiografía durante el período soviético. La visión estalinista y soviética clásicas quedaron desacreditadas y el giro hacia posiciones más conservadoras, de triunfo y reivindicación de la democracia capitalista, dio alas a la interpretación “liberal”, que ya había tenido una influencia muy notable entre los historiadores de Estados Unidos, Reino Unido y Alemania.²

* Este artículo está basado en las investigaciones que en los últimos años he llevado a cabo en la Central European University de Budapest, plasmadas en mi libro *La venganza de los siervos. Rusia 1917* (Crítica, Barcelona, 2017). Agradezco especialmente a Marsha Siefert y Alfred J. Rieber los consejos e información que me han transmitido. La investigación se ha beneficiado del apoyo del Ministerio de Economía y Competitividad a los proyectos HAR2012-32020 y HAR2015-64348-P; del Gobierno de Aragón al grupo de investigación H24; y de la financiación de los departamentos de History y de Political Science de la Central European University.

¹ La frase corresponde al título de la crónica que, como testigo, publicó el periodista y escritor estadounidense John Reed, *Ten Days that Shook the World* (1919).

² El abandono de los estereotipos en S.A. Smith, “The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 16:4 (Fall 2015), p. 734. En ese mismo número monográfico de una de las mejores revistas científicas que existen para comprender las nuevas aportaciones sobre la historia y cultura de Rusia, hay un interesante balance del estado de las investigaciones sobre 1917 (“State of the Field: 1917 on the Eve of the Centenary”). Sobre el impacto de la apertura de los archivos puede verse el análisis, con abundantes apuntes autobiográficos, de la australiana Sheila Fitzpatrick, una de las pioneras de la historia social desde finales de los años sesenta: “Impact of the Opening of Soviet Archives on Western Scholarship on Soviet Social History”, *The Russian Review*, 74 (July 2015), pp. 377-400. Ver también Donald J. Raleigh, “Doing Soviet History: the Impact of the Archival Revolution”, *The Russian Review*, 61 (January 2002), pp. 16-24.

La principal tendencia en la historiografía reciente, enriquecida por decenas de estudios locales, la microhistoria y la apertura de archivos, es de subrayar que los acontecimientos en Rusia formaron parte, en expresión del historiador estadounidense Peter Holquist, de un “continuum of crisis”, de un proceso de crisis constante, en varias fases entre 1914 y 1921 –Guerra Mundial, revoluciones y guerras civiles, y sin claros puntos de separación.³

Orlando Figes, a quien debemos una brillante y monumental obra, que abarca desde la hambruna de 1891, más allá del inicio del reinado de Nicolás II, hasta la muerte de Lenin en 1924, describe aquel período como un “conjunto complejo de diferentes *revoluciones* que explotaron en medio de la Primera Guerra Mundial y puso en marcha una reacción en cadena de más revoluciones, guerras civiles étnicas y nacionales”. Y varios autores que comenzaron a publicar sus obras después de 1991, cuando desapareció el Estado al que dio lugar la conquista bolchevique del poder, hablan de un “caleidoscopio de revoluciones”. Caleidoscopio o combinación diversa y cambiante de causas, acontecimientos y resultados, con personas de carne y hueso en el centro de la narración.⁴

A comienzos de la década de los ochenta, S.A. Smith revisó, desde postulados que conectaban con la historia social marxista británica, y especialmente con los trabajos de E.P. Thompson, los argumentos clásicos sobre las actividades políticas radicales de las clases trabajadoras.⁵ Desde bastante antes, gracias a un numeroso grupo de historiadores británicos y estadounidenses, la historia social había introducido ya una clara transición, y cambio, desde el estudio de las ideologías y partidos al análisis detallado de la vida cotidiana y las acciones de la gente común.

El carácter de clase de esas revoluciones fue matizado, a partir de los años noventa, por una nueva historiografía sobre las identidades sociales y culturales, con miradas al género, a la religión, a los símbolos y a las imágenes. Un cambio de rumbo del reino de lo material y político hacia lo cultural y antropológico. Como fueron además revoluciones que ocurrieron a lo largo y ancho de un vasto imperio multiétnico, comenzó a escribirse, frente al “rusocentrismo”, una historia “desde los márgenes”, que reconocía la complejidad cultural y social de las identidades nacionales y étnicas.⁶

Durante una buena parte del siglo XX, como nos han recordado entre otros Reinhart Koselleck o David Armitage, la secuencia de grandes revoluciones –la norteamericana, francesa, rusa y china– se vio como el “hilo escarlata” de la modernidad. Frente a las memorias destructivas de las guerras civiles, las revoluciones eran momentos esenciales de la liberación progresiva de la humanidad, una idea que ya había surgido en el siglo XVIII.⁷

³ Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution. Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, 2002.

⁴ Una defensa de ese concepto de “caleidoscopio de revoluciones” puede verse en Christopher Read, *War and Revolution in Russia, 1914-22*, Palgrave Macmillan, Londres, 2013, p. 220, quien se suma también a esa propuesta cronológica del “continuum of crisis” de Peter Holquist. La cita de Orlando Figes en *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Penguin, Londres, 1996, XV (edición en castellano en Edhasa, Barcelona, 2000).

⁵ *Red Petrograd. Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

⁶ Resulta muy esclarecedor, para seguir esa evolución, contrastar los artículos de otros de los historiadores más novedosos de esa historiografía, el estadounidense Ronald Grigor Suny, “Toward a Social History of the October Revolution”, *American Historical Review*, 88 (February 1983), pp. 31-52; y sobre todo, “Revision and Retreat in the Historiography of 1917: Social History and Its Critics”, *The Russian Review*, vol. 53 (April 1994), pp. 165-182.

⁷ Reinhart Koselleck, “Historical Criteria of the Modern Concept of Revolution”, en *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Columbia University Press, Nueva York, 2004, pp. 46-49 (primera edición en The MIT Press, Cambridge, Mass, 1985; hay traducción en castellano en Paidós, Barcelona, 1992); David Armitage, “Every Great Revolution is a Civil War”, en Keith Michael Baker y Dan Ellstein (ed.), *Scripting Revolution: A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, Stanford University Press, Stanford, 2015, pp. 57-68. La relación entre revolución y guerras civiles a lo largo de la historia tiene una notable y actualizada síntesis en David Armitage, *Civil War. A History of Ideas*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2017.

Desde 1989, sin embargo, con el derrumbe del comunismo, el triunfo del neoliberalismo y la creciente preocupación por los derechos humanos, resulta ya más difícil ver esas revoluciones, y especialmente la bolchevique en Rusia, sin una conciencia de la espantosa violencia que la acompañó. Más allá de consideraciones morales y de los usos políticos desde el presente, las revoluciones de 1917 en Rusia constituyen un privilegiado escenario para examinar y discutir algunas de las principales manifestaciones de la violencia política contemporánea.⁸

Como trataré de mostrar en este artículo, nada o casi nada ha quedado en los últimos años fuera del análisis y la fotografía que hoy puede obtenerse de aquellos acontecimientos y años convulsos ha dejado atrás el blanco y negro, para presentarse en formato digital, con una gama de tonos y colores que permiten al lector transitar por relatos y enfoques hasta hace poco desconocidos.

ORTODOXIAS Y REVISIONES

La conquista del poder por los bolcheviques fue uno de los principales acontecimientos del siglo xx y no resulta extraño que los historiadores mostraran en torno a él diferentes interpretaciones, puntos de acuerdo y disputas, que dieron lugar a lo que Edward Acton ya identificó en 1990 como visiones consolidadas de la revolución o “escuelas de pensamiento”.⁹

Durante las décadas centrales del siglo xx, el escenario de “Guerra Fría” y de enfrentamiento bipolar marcaron también la investigación histórica y el debate sobre 1917. Frente a quienes la definieron desde el principio como una “revolución popular”, dirigida por el partido bolchevique –o la revolución del proletariado unido, en la descripción de la propaganda soviética–, la historiografía antisoviética, y antimarxista, siempre la identificó como un “golpe de Estado” que triunfó por la violencia y el terror.

Hasta los últimos años de la existencia de la Unión Soviética, sus historiadores oficiales defendieron que el camino al poder de Lenin y los bolcheviques fue la consecuencia inevitable de las contradicciones del capitalismo, un acontecimiento que trajo enormes beneficios a las clases trabajadoras; por el contrario, los historiadores occidentales liberales interpretaron Octubre de 1917 o como una casualidad no prevista de la historia o como el resultado de la aspiración al poder de una despiadada minoría que, una vez conseguido, ejerció sobre sus ciudadanos un control y represión mayores que los del más cruel de los zares.

La interpretación ortodoxa soviética, concebida desde el comienzo de los años veinte para difundir la versión marxista-leninista de la revolución, y simplificada y canonizada en

⁸ Un excelente análisis en Peter Holquist, “Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21”, *Kritika: Explorations in Russia And Eurasia History*, 4 (3) (Summer 2002), pp. 627-52.

⁹ *Rethinking the Russian Revolution*, Arnold, Londres, 1990. Aunque Acton advertía que ninguna de esas escuelas era “homogénea”, porque además en siete décadas habían experimentado algunos cambios significativos (p. 3), el historiador británico las conceptualizaba como “ortodoxa soviética”, “liberal” y “libertaria”. Frente a ellas, había surgido desde finales de los años sesenta una nueva generación de historiadores “occidentales”, dispuestos a revisarlas críticamente y a mostrar su “compromiso con la historia social, los métodos cuantitativos y el uso de fuentes hasta entonces apenas exploradas” (p. 1). Esa nueva generación de “revisionistas” fue y ha sido la que ha modificado sustancialmente el conocimiento sobre la Rusia del siglo xx. Una buena parte de ellos, representantes de varias historiografías nacionales, incluida la rusa, escribieron en el excelente volumen compilado por Edward Acton, Vladimir Cherniaev y William G. Rosenberg, *Critical Companion to the Russian Revolution*, Arnold, Londres, 1997. Resulta interesante y significativo comparar la aproximación de Acton en *Rethinking* con la que introduce este nuevo volumen, “The Revolution and Its Historians. The *Critical Companion* in Context” (pp. 3-17), donde ya se hacía eco del impacto del postmodernismo y de la nueva historia cultural.

los años del estalinismo, subrayaba la victoria bolchevique como la consecuencia de leyes generales expuestas en el análisis materialista histórico, producto de la lucha de clases y del progreso de la humanidad. La "Gran Revolución Socialista de Octubre" fue posible, en ese preciso momento, por el liderazgo de Lenin, por la existencia de un partido de nuevo cuño, vanguardia de la revolución, disciplinado, purgado de reformistas y defensor de los sectores oprimidos de la sociedad.

Gracias a ese partido, que fue capaz de estimular conciencia de clase en la vanguardia del proletariado y radicalismo en las masas, hubo una continuidad en el ciclo revolucionario ruso del primer cuarto del siglo xx, que tras tres revoluciones –la de 1905, y febrero y octubre de 1917– culminó en el establecimiento del comunismo y de la democracia soviética. Según esa secuencia de hechos, la Primera Guerra Mundial no fue el fenómeno fundamental que actuó de catalizador de los grandes cambios y convulsiones que llevaron a la quiebra del sistema zarista, algo en lo que ha puesto énfasis la historiografía más reciente.¹⁰

Ortodoxa y bastante monolítica fue también la interpretación dominante liberal que surgió en Occidente frente a la historiografía soviética, muy vinculada a la historia política tradicional construida "desde arriba", con su énfasis en el poder de las ideologías, el papel de los grandes personajes, la intriga política y el papel subordinado de las masas. La revolución rusa fue el resultado de una cadena desafortunada de casualidades que bloquearon lo que hubiera podido ser una evolución natural desde el zarismo a un sistema parlamentario de estilo occidental, a través de reformas constitucionales: un zar incapaz de hacer frente a los retos que le planteó esa sociedad en vías de modernización; una guerra internacional que metió al país en un completo trastorno social y económico; un gobierno provisional que no supo –o no pudo– resistir la embestida de los alemanes desde fuera y de los bolcheviques desde dentro. Incluso con todas esas coincidencias inoportunas y horribles, la historia habría sido diferente si no hubiera sido por la maldad manipuladora y hambre de poder de la *intelligentsia* revolucionaria más extremista.¹¹

Frente a esas interpretaciones liberal y soviética, surgió desde los años setenta una nueva corriente historiográfica, representada fundamentalmente por historiadores jóvenes británicos y estadounidenses, que fue etiquetada, pese a su pluralidad y diversidad, como "revisiónista". Con sus investigaciones, establecieron lo que podría denominarse como "interpretación social de la revolución rusa", que corría paralela a algunas de las orienta-

¹⁰ Desde comienzos de los años veinte, se creó una comisión especial para establecer una historia oficial de la revolución de octubre y recopilar los documentos relevantes, a la vez que se restringía el acceso a los archivos y se censuraba cualquier "distorsión contrarrevolucionaria" (Edward Acton, *Rethinking the Russian Revolution*, p. 31). Aunque en ese momento la línea del partido no era monolítica, ni tampoco las aproximaciones a la revolución, todo cambió tras el ascenso al poder de Stalin, quien impuso un "control centralizado sobre la interpretación histórica", con el castigo de disidentes, que se manifestó en la publicación de la desde entonces canónica, *History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks). Short Course* (Toronto, 1939). Esa historiografía, como reconocía años después el mismo Acton, había evolucionado y cambiado con el tiempo, con algunos historiadores como E.N. Burdzhakov, distanciándose claramente, al final del período soviético, de la línea oficial del partido (su obra más significativa traducida al inglés: *Russia's Second Revolution: The February 1917 Uprising in Petrograd*, Indiana University Press, Bloomington, 1987).

¹¹ Una precisa descripción de esas tesis en Edward Acton, *Rethinking the Russian Revolution*, pp. 35-39 y en Ronal Grigor Suny, "Revision and Retreat in the Historiography of 1917", p. 167. Hay muchos ejemplos, desde la obra de Bernard Pares (*The Fall of the Russian Empire*, 1939) a Richard Pipes, el autor más influyente en las últimas décadas, al que haremos referencia más adelante, pasando por Leonard Schapiro (*The Russian Revolutions and the Origins of Present-Day Communism*, Maurice Temple-Smith, Londres, 1984). Más provocadora y anticomunista fue la obra del ya fallecido Martin Malia, cuyas tesis de la Unión Soviética como "ideocracia" pueden verse en *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia, 1917-1991*, The Free Press, Nueva York, 1994. Algunas de sus conferencias fueron publicadas en francés con el título de *Comprendre la Révolution russe*, Editions du Seuil, Paris, 1980 (edición en castellano en Rialp, 1990).

Foto Piotr Otsup



Lenin en la Plaza Roja, noviembre de 1918

ciones básicas que guiaban en ese momento a una parte de los historiadores occidentales, desde Annales a los marxistas británicos, y que consistió en alejarse de las generalizaciones ideológicas, escribir la historia de los grupos sociales y aplicar perspectivas y métodos de las ciencias sociales.¹²

En ese cambio de foco desde los dirigentes y la alta política a los movimientos y grupos sociales, esa historiografía revisionista quitó peso a las interpretaciones sobre la manipulación de las clases populares por parte de intelectuales radicales y, siguiendo las investigaciones de E.P. Thompson, sacaron a la luz las experiencias de las clases bajas, campesinos y trabajadores, el papel crucial de los soldados y marinos, y redefinieron el

¹² La lista de esos historiadores es larga, pero más allá de los nombres, deberían destacarse algunas de sus obras más influyentes: Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolutions of 1917 in Petrograd*, Norton, Nueva York, 1978; Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution, 1917-1932*, Oxford University Press, Oxford, 1982, con varias revisiones y ampliaciones posteriores (hay edición en castellano en siglo XXI, Buenos Aires, 2005); Marc Ferro, *La Révolution de 1917*, Aubier, Paris, 1967, con varias ediciones posteriores (hay edición en castellano en Villalar, Madrid, 1977); la citada de S.A. Smith, *Red Petrograd*; y Robert Service, *The Russian Revolution 1900-1927*, Macmillan, Londres, 1986. S.A. Smith hizo un balance de todo ese recorrido en la primera parte de su artículo "Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism", *Europe-Asia Studies*, 46 (4), 1994, pp. 563-78. Muy útiles, como ya se ha destacado, resultan los dos artículos de Rondal Grigor Suny citados en la nota 6, y las apreciaciones de otro de los historiadores revisionista más destacados, Edward Acton, en *Rethinking*, pp. 44-48, y la introducción al *Critical Companion to the Russian Revolution*, pp. 8-11. Bajo la dirección de Rabinowitch, desde mediados de los años setenta, el Russian and East European Institute de la Universidad de Indiana, creado en 1958, acogió a algunas de las mejores investigaciones de historia social y después de historia cultural sobre Rusia y los países de Europa del este.

papel del partido bolchevique y sus conexiones con las aspiraciones populares. Hacia finales de los años ochenta, justo antes del derrumbe de la Unión Soviética, las investigaciones de esos historiadores sociales/revisionistas habían puesto al descubierto todos los defectos de las interpretaciones dominantes hasta ese momento, la ortodoxa marxista y la liberal, desmontado las tesis sobre la revolución de octubre de 1917 propagadas durante la Guerra Fría.

Con el desplome del comunismo soviético, los análisis históricos ganaron perspectiva para comprender lo que había ocurrido desde 1917, las puertas de los archivos se abrieron, pero la “reducción a cenizas” del viejo enemigo de Occidente llevó a un repudio de todas las cosas relacionadas con lo soviético, desde los símbolos a los monumentos, pasando por la literatura o la historia. Como ese colapso coincidió además con “un período acentuado de políticas derechistas” bajo los mandatos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, los conceptos de acción colectiva, intervención del Estado, colectivizaciones y revolución comenzaron su retirada frente a “la marcha triunfante de quienes predicaban el libre mercado y el individualismo posesivo”. La interpretación social de esas dos décadas anteriores fue despreciada, sus historiadores revisionistas tratados como “víctimas incautas de la ideología soviética” y se restableció la confianza en el enfoque tradicional liberal, con el retorno al análisis de la alta política, las ideologías y los grandes personajes.¹³

La obra de Richard Pipes constituye el mejor ejemplo de ataque a la historia social (marxista), de puesta al día de las tesis liberales y de amplia resonancia entre “intelectuales soviéticos desilusionados por los fracasos morales y económicos del sistema soviético”.¹⁴

En la semilla y preparación de la revolución que derrocó al zar Nicolás II en febrero de 1917, Pipes atribuye un papel trascendental y nocivo a lo que en ruso se llamó la *intelligentsia*, intelectuales, elites educadas, estudiantes, escritores y profesionales, una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaban explotar cualquier rastro de descontento popular por parte del poder. En realidad, sin aceptar ni tener en cuenta los variados matices que otros autores han introducido, Pipes achaca directamente a esa *intelligentsia* todos los males que llegaron a Rusia con la caída del zarismo y la sustitución de ese despotismo por otro, el bolchevique, tras pasar unos meses por la anarquía. Según el historiador estadounidense, en los últimos tiempos de la Rusia imperial había importantes tensiones causadas en parte por la renuencia del zarismo a democratizar la política y por la situación explosiva en el mundo rural, raíz de un conflicto de larga duración, donde no había tierra para todos quienes vivían en ella. Pero “el factor de verdad clave, el que trans-

¹³ La última frase entrecomillada procede de S.A. Smith, “Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism”, p. 564; las otras de Edward Acton, “The Revolution and Its Historians”, pp. 11-12. Pero ese argumento es compartido por los principales historiadores revisionistas y por los que siguieron sus pasos desde los años noventa con nuevas investigaciones de historia cultural. Puede verse, por ejemplo, Ronald Grigor Suny, “Review and Retreat in the Historiography of 1917”, especialmente pp. 170-171.

¹⁴ *Ibidem*, p. 168. Para el análisis que sigue de los principales argumentos de Pipes he tenido en cuenta sus libros *The Russian Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1990 (edición en español, 26 años después, en Debate, 2016); su versión abreviada, *A Concise History of the Russian Revolution*, Vintage Books, Nueva York, 1996; y *Three “Whys” of the Russian Revolution*, Vintage Books, Nueva York, 1997, donde muestra sus principales ideas en torno a tres preguntas: 1/ ¿Por qué cayó el zarismo?; 2/ ¿Por qué triunfaron los bolcheviques?; ¿Por qué Stalin sucedió a Lenin? Edward Acton destaca el contraste entre las reseñas, muy críticas, de la obra de Pipes en revistas especializadas y el recibimiento entusiasta en la prensa en general aclamada “como una obra maestra definitiva” (“The Revolution and Its Historians”, p. 12). Según Pipes, los “revisionistas” tomaron el control de muchas de las cátedras de importantes universidades en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, “y por medio del clientelismo más apropiado para la política que para la profesión académica, impusieron sus enfoques sobre estudiantes y las organizaciones profesionales”, dando como resultado un control de pensamiento “sin comparación en ninguna rama de la historiografía: “1917 and the Revisionists”, *The National Interest*, Spring 1993, pp. 68-79.

formó quejas específicas en un rechazo total del orden político, económico y social, fue la *intelligentsia*".¹⁵

El problema de esa *intelligentsia* rusa, añade Pipes, tanto la liberal como la radical, es que no tenían oportunidad de poner en práctica todos esos sueños utópicos y nunca podían aprender de la experiencia. No aceptaban las reformas, porque el único objetivo era la revolución: cuando el gobierno no hacía nada, le acusaban de pasividad; cuando hacía concesiones, consideraban que eran los burócratas quienes estaban detrás. Cada vez eran más fanáticos con su utopía, hablando siempre de un pueblo al que no representaban.

Para mostrar esa visión negativa de la *intelligentsia*, Pipes no rastrea en la retórica y códigos culturales de sus actores o representantes, como hace, por ejemplo, Orlando Figes, sino que lo que intenta demostrar es que las "actitudes", y no las "instituciones" o realidades sociales y económicas "objetivas", son las que determinan, y determinaron en el caso de Rusia, el curso de los acontecimientos políticos y las causas de la revolución.¹⁶

A esa *intelligentsia* fanática se le sumaba un campesinado analfabeto, orientado a la violencia y a la anarquía, incapaz de tener un papel activo en la sociedad, que cuando fueron reclutados en masas durante la Primera Guerra Mundial demostraron una absoluta falta de patriotismo y de sentimiento de unidad nacional.¹⁷

Por el contrario, el zar Nicolás II, sí que demostró ese "sentido de deber patriótico" y cuando los generales y la Duma le pidieron en febrero de 1917 que se fuera, para salvar al ejército y evitar una humillante capitulación ante los alemanes, lo hizo. La revolución siguió, y no precedió, a la abdicación del zar. Eso de que el zar fue destronado por una revolución de trabajadores, soldados y campesinos es, según Pipes, un "mito".¹⁸

Tras la marcha del zar, la situación se hizo ingobernable y cualquier posibilidad de restablecer el orden fue frustrada por el acoso de la *intelligentsia* al Gobierno provisional y en ese escenario de caos, Lenin "cabalgó al poder sobre la misma anarquía que él tanto ayudó a promover", prometiendo a cada uno de los grupos descontentos —campesinos, trabajadores, soldados, minorías étnicas— lo que ellos querían conseguir. La consecuencia fue la así llamada "Revolución de Octubre", que, en realidad, fue un "clásico golpe de Estado". Y lo que siguió fue la destrucción de todas las instituciones, para allanar el terreno a su dictadura "totalitaria". Lenin fue el primer jefe de Estado de la historia en tratar a la política como una guerra, cuyo objetivo no era someter al enemigo, sino aniquilarlo.¹⁹

Aunque la obra de Pipes pudo ser celebrada desde los años noventa por una amplia audiencia anticomunista y usada para demostrar el fracaso histórico de las ideas de Marx y sus funestas consecuencias prácticas, lo que se ha producido también en las últimas dos décadas es un replanteamiento y amplia revisión de la historia rusa y soviética del siglo xx, nuevos enfoques historiográficos que han ido mucho más allá de la vieja historia política y de la historia social que emergió desde los años sesenta.

¹⁵ *Three "Whys" of the Russian Revolution*, p. 23.

¹⁶ Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 51. Según Figes, muchos de esos estudiantes, escritores y profesionales compartían ideas y concepciones éticas, pero también lenguaje, códigos de conducta, formas de vestir y sentimientos de honor y camaradería, "manifestada en clubs, cafés, círculos sociales y panfletos y revistas, que los separaba, como una "subcultura", del resto de la sociedad privilegiada, de la que procedían": *The People's Tragedy*, p. 125. El desprecio de Pipes a los intelectuales, que, según él, envidian la riqueza, autoridad y prestigio de las élites políticas y de negocios, es subrayado por Ronald Grigor Suny, en "Revision and Retreat in the Historiography of 1917", p. 172.

¹⁷ Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 203.

¹⁸ *A Concise History of the Russian Revolution*, p. 390.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 391-392. Gracias a Lenin, en solo dos semanas el "golpe de Octubre" se volvió de nuevo en un "régimen autocrático", más represivo y cruel, precedente no solo del estalinismo, sino también del nazismo (*The Russian Revolution*, pp. 525 y 820). Pipes concluye que lo único que hizo Stalin fue desarrollar y completar la agenda de Lenin, incluido "ayudar a desatar la Segunda Guerra Mundial, que había sido ya uno de los objetivos de Lenin" (*Three "Whys" of the Russian Revolution*, pp. 83-84).

La perspectiva que ofrece el paso de cien años es una oportunidad única para examinar la evolución de la historiografía, cómo los historiadores estuvieron marcados por las agendas políticas, por el clima de la Guerra Fría, por experiencias personales y generacionales, por testimonios y memorias, por predilecciones intelectuales y por el acceso a nuevas fuentes.

Una buena parte de los historiadores que han publicado sus obras tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, y la consiguiente apertura de archivos, subrayan el proceso de crisis constante entre 1914 y 1921, en una narración que comienza con el inicio de la Primera Guerra Mundial y finaliza con las últimas batallas de la guerra civil rusa y el establecimiento de la Unión Soviética. Lo que muchos conocieron y estudiaron como la Revolución Rusa fueron, en realidad, una serie de revoluciones simultáneas y superpuestas -de elites intelectuales, clases medias, obreros, soldados y campesinos- contra la autocracia zarista, contra el orden social, contra la guerra y el sistema jerárquico militar, contra los tratenientes y por la distribución de la tierra.²⁰

Con la caída del zar y la revolución de febrero, todos los controles y restricciones legales y éticos fueron derribados. A partir de ese momento, en un contexto de creciente anarquía, guerra civil y quiebra económica, se abrió un período, muy inestable, de búsqueda de un nuevo orden político y social. Desde febrero de 1917, Rusia pasó, a una velocidad de vértigo, por una etapa liberal, otra socialista moderada, después más radical, hasta que Lenin y los bolcheviques convirtieron lo que era una revolución por el poder de los soviets, con un amplio apoyo popular, en la dictadura de un partido.²¹

Los relatos más recientes ponen énfasis, en primer lugar, en la importancia de la Primera Guerra Mundial como catalizador de la revolución. La profunda grieta entre una sociedad en cambio y la autocracia zarista, comenzada ya algunas décadas antes, con manifestaciones violentas desde arriba y desde abajo, generó un enorme potencial para el desarrollo del conflicto. Pero fue la Gran Guerra, consecuencia de la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría, que entre agosto de 1914 y comienzos de 1918 movilizó alrededor de quince millones y medio de hombres, con pérdidas totales -entre muertos, desaparecidos, heridos y mutilados- de más de siete millones, lo que generó un profundo malestar entre todos los sectores de la sociedad. En esa tragedia reside, según la mayoría de los especialistas, la raíz de las revoluciones de 1917.

La guerra agravó, de esa forma, las profundas divisiones en la sociedad rusa y, durante ella, el ejército se convirtió en un grupo ingente de revolucionarios, cuyo malestar y convulsión no podían separarse de la agitación violenta que sacudía a la sociedad. La cri-

²⁰ Hay buenos ejemplos de esas nuevas investigaciones en la compilación de artículos, publicados anteriormente en diferentes lugares, que hizo Martin A. Miller, *The Russian Revolution. The Essential Readings*, Blackwell, Oxford, 2001; en la de E.R. Frankel et al (eds), *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992; y en el citado *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921*. Además de las obras ya comentadas de Orlando Figes y Peter Holquist, las monografías que mejor sintetizan esas nuevas tendencias, y que incorporan a nuevos historiadores rusos no traducidos al inglés ni a otros idiomas, son S. A. Smith, *The Russian Revolution. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2002; Rex A. Wade, *The Russian Revolution, 1917*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000 (he utilizado aquí la segunda edición ampliada de 2005); y, más reciente, Christopher Read, *War and Revolution in Russia, 1914-1922. The Collapse of Tsarism and the Establishment of Soviet Power*, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, 2013, una obra que le da mucha importancia a la quiebra del imperio zarista a causa de la Primera Guerra Mundial y a la guerra civil como fenómeno que permitió la consolidación del poder bolchevique.

²¹ Las fases de la revolución y la velocidad con la que se pasó de una a otra es subrayada por Rex A. Wade, *The Russian Revolution, 1917*, p. 287.

sis cambió de rebelión a revolución cuando los soldados se pusieron al lado de los trabajadores y sobre todo de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y cuando los miembros de la oposición moderada abandonaron la autocracia para formar nuevos órganos de poder.

Las aportaciones más notables sobre ese período bélico se refieren al declive del ejército imperial, a la quiebra del sistema de suministros de alimentos —en un momento de escasez de productos de primera necesidad para millones de soldados en el frente y la población en general en la retaguardia—, a los cientos de miles de refugiados que huían de las zonas ocupadas por las tropas alemanas, al papel de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y, especialmente, a las mujeres de los soldados, las *Soldatki*.²²

Todos los informes policiales advertían de que los sufrimientos causados por las derrotas a los soldados, a sus familias y a los refugiados estaban empeorando las condiciones de vida de las clases bajas a niveles sin precedentes, provocando desorden social y protestas de “madres exhaustas tras permanecer de pie en las largas colas” para alimentar a sus niños enfermos y hambrientos.

Refugiados, huérfanos e inválidos crearon asociaciones para defender sus intereses. Pero fueron las mujeres de los soldados (*Soldatki*), excluidas hasta hace poco de las historias generales, las que constituyeron el grupo más numeroso durante la guerra, bajo el zar, y también, dado que sus demandas no fueron satisfechas, en los meses posteriores a la revolución de febrero de 1917.

Su nacimiento como grupo social destacado tuvo lugar tras la movilización masiva de hombres que siguió a la declaración de guerra a Alemania y Austria-Hungría. Según el estudio de Sarah Badcock, aunque la traducción literal de *soldatka* era “mujer de soldado”, el término se utilizó en 1917 de forma más amplia para incluir a otras mujeres miembros de la familia. Los *Soldatki* habían sido siempre un grupo minoritario entre las mujeres casadas, pero el reclutamiento masivo disparó su número. Si la cifra total de hombres movilizados superó los quince millones, el estimado de *Soldatki* se aproximó a catorce. Muchas mujeres utilizaron también ese término —“mujer de soldado obrero” o “mujer de soldado campesino” como una forma de definición social.

Lo que las convirtió en un grupo fueron sus quejas comunes, siendo la reivindicación más repetida la de un aumento de las ayudas otorgadas a las familias de los soldados. La inflación galopante y la subida de los productos de primera necesidad condenaron a las *Soldatki* que dependían de esa ayuda para la subsistencia a la pobreza. Otras reivindicaciones incluyeron también combustible gratis, al mismo tiempo que se negaban a pagar impuestos o protestaban por la escasez de viviendas o por los intentos de desahucio por parte de los propietarios.

Antes de la guerra, el gobierno del zar ya había intentado identificar esa categoría de *soldatka* para establecer quiénes podían disfrutar del apoyo estatal. A finales de 1916, con el aumento masivo del número de peticiones de subsidio a consecuencia de la guerra, los

²² Sobre el fundamental tema del ejército imperial ruso y de su quiebra durante la Primera Guerra Mundial, tratado ampliamente en el segundo capítulo del libro, hay que ver Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, 2 volúmenes, Princeton University Press, Princeton, 1980-1987; el suministro de alimentos, como muestra con detalles Peter Holquist en su estudio sobre cómo la guerra llevó a la revolución (*Making War, Forging Revolution. Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*), se convirtió en una de las cuestiones más importantes de la intervención del Estado y de debate público. Peter Gatrell, cuya investigación sitúa la cifra de seis millones de refugiados a comienzos de 1917, se refiere, tomando la frase de la famosa novela de F. Scott Fitzgerald, *Tender is the night*, a “todo un imperio caminando”: *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Indiana University Press, Bloomington, 1999. Sobre las *Soldatki* hay que ver la novedosa investigación de Sarah Badcock, “Women, Protest, and Revolution: Soldiers' Wives in Russia during 1917”, *International Review of Social History*, 49 (2004), pp. 47-70.

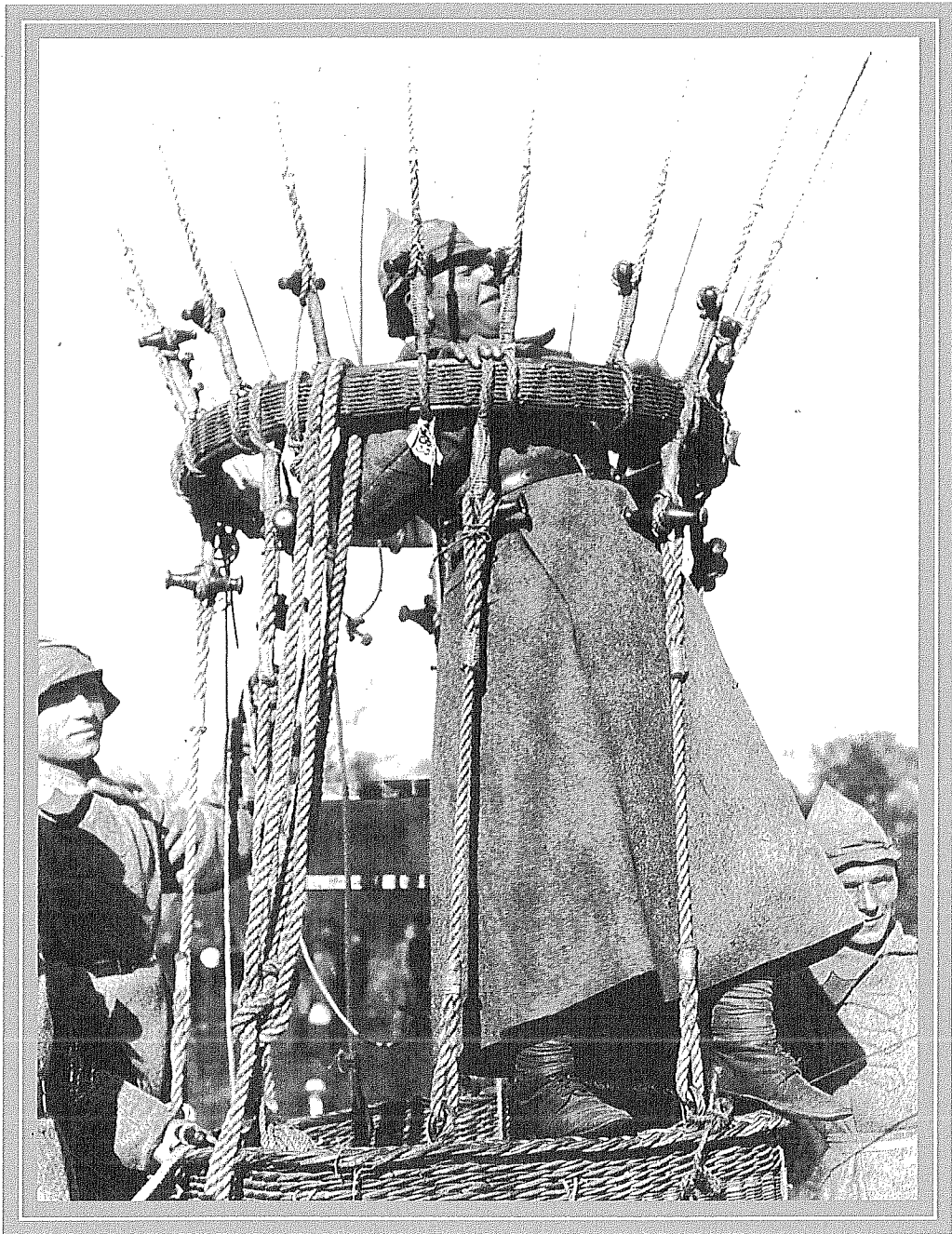


Foto A. Rodtchenko

Soldados del Ejército Rojo, 1924

be
de
pr
de

ac
co
bc
m

ric
ta
cu
zo
si
qu
ta
ví

in
na
ne
yo
al

ci
ci
e
I
T
a
la

—

a
(
n
te
M
K
p
d
t
t
d
l
r
C
C

s
i

beneficiarios se acercaban a veinticinco millones. Desde el estallido de la guerra a enero de 1917, la cantidad que el Estado tuvo que pagar, presionado por esas reivindicaciones y protestas, a las familias de los soldados representó alrededor del siete por ciento del total del gasto militar.²³

Mujeres, soldados/marinos, campesinos y trabajadores industriales son los principales actores de las huelgas y manifestaciones que en el tercer invierno de la guerra, el más frío y complicado, ante la crisis de autoridad y la pérdida de confianza en el régimen, iban a desembocar en fuertes alteraciones del orden, deserciones del frente y, finalmente, en una transformación profunda de la estructura del poder que había dominado Rusia durante siglos.²⁴

La revolución tuvo también un enorme impacto entre los pueblos no rusos del imperio, aproximadamente la mitad de la población total. Aunque los movimientos nacionalistas habían comenzado a desafiar a la autocracia en 1905, fue en el transcurso de la guerra cuando se radicalizaron al sufrir algunas de sus regiones periféricas, como Polonia y la zona Báltica, la ocupación alemana y la evacuación de parte de su población. El fin del sistema autoritario, la abolición de la censura y la oleada de cambios políticos y sociales que emanaban desde Petrogrado y las principales ciudades rusas, ofreció a los nacionalistas una oportunidad de oro para organizarse y movilizar a sus conciudadanos a través de vínculos de identidad nacional.

No era el nacionalismo, sin embargo, un fenómeno fácil y simple de resolver en el vasto imperio ruso. Y no todos esos diferentes grupos étnicos tenían el mismo sentimiento de nacionalidad. La *intelligentsia* y las clases medias urbanas más cultas estaban divididas entre quienes, ya rusificados, rechazaban el nacionalismo, a veces por razones ideológicas, como la mayoría de los marxistas, y los que, precisamente por poseer niveles altos de educación, se abrazaban a él en busca de la autonomía o de la independencia frente al Estado centralizado.

Como reflejan bien los trabajos de Ronald Grigor Suny, había también claras distinciones entre la identidad étnica, basada en costumbres y lenguas diferenciadas, la conciencia nacional, que se expresaba más en el terreno político, y el nacionalismo que pretendía el establecimiento de algún tipo de Estado basado en la homogeneidad nacional. Entre los 18 millones de musulmanes, el nacionalismo era una fuerza muy débil, especialmente en Turquestán, donde vivía la mayoría, mientras que en la región Báltica, el predominio de alemanes y las campañas periódicas de rusificación del Estado zarista habían estimulado la aparición de potentes movimientos nacionalistas.²⁵

²³ *Ibidem*, pp. 47-70.

²⁴ Hace años que Barbara Evans Clements comenzó a rastrear con biografías (*Bolshevik feminist: the life of Aleksandra Kollontai*, Indiana University Press, Bloomington, 1979) y con investigaciones novedosas ("Working-Class and Peasant Women in the Russian Revolution, 1917-1923", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 8, 2, 1982, pp. 215-35) sobre el mundo de las mujeres —campesinas y trabajadoras— y de la *intelligentsia*, que sintetizó después en su libro *Bolshevik Women*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997. Más amplio y con mucho más material biográfico es Anna Hillvar y Jane McDermid, *Revolutionary Women in Russia 1870-1917: A Study in Collective Biography*, Manchester University Press, Manchester, 2000. El campesinado fue durante mucho tiempo un tema despreciado en la mayoría de los estudios sobre las revoluciones de 1917, con la historiografía más interesada en general en el papel de la *intelligentsia* y de los obreros industriales. En las últimas décadas, los historiadores han situado al campesinado en el centro de la narración. Los trabajos ya citados de Figes, Holquist, Wade, Read y Smith son claros ejemplos. Abrió muchos caminos la obra de Teodor Shanin, *The Awkard Class: Political Sociology of the Peasantry in a Developing Society Russia 1900-1925*, Oxford University Press, Oxford, 1972 (edición en español en Alianza Ed., Madrid, 1983). La monografía que mejor refleja los nuevos enfoques es la de Aaron B. Retish, *Russia's Peasants in Revolution and Civil War: Citizenship, Identity, and the Creation of the Soviet State, 1914-1922*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

²⁵ Ronald Grigor Suny, "Nationality and Class in the Russian Revolutions of 1917: A Reexamination of Social Categories", en Nick Lampert and Gabor Rittersporn (ed.), *Stalinism. Its Nature and Aftermath: Essays in Honour of Moshe Lewin*, M.E. Sharpe, Armonk, 1992, pp. 211-41.

La intensidad de los conflictos y lenguajes de clase —entre obreros, soldados y campesinos— eclipsó aparentemente las reivindicaciones puramente nacionalistas, pero en la práctica resultaba más difícil separarlas porque la mayoría de los terratenientes eran rusos o polacos y en ocasiones al nacionalismo lo apuntalaban poderosos sentimientos de clase.

La destrucción súbita y por las armas del Estado ruso abrió, en definitiva, oportunidades extraordinarias y sin precedentes para diferentes y variados grupos sociales. Los obreros tomaron el control de las fábricas, los soldados desertaban en masa y rompían las relaciones jerárquicas con sus jefes, los campesinos ocupaban y distribuían entre ellos las tierras no comunales, las mujeres defendían sus derechos y las minorías étnicas aspiraban a un mayor autogobierno.

En eso reside la peculiaridad de lo que ocurrió en Rusia a partir de febrero de 1917, subrayada por la generación de historiadores posterior a 1991, que no hubo sólo una revolución sino múltiples revoluciones, política, social, cultural, de género, conducidas, según la tesis de Christopher Read, “por varias nacionalidades y clases en un caleidoscopio de combinaciones y con una serie completa de resultados”.²⁶

En eso, y en que la tan esperada revolución llegó de forma súbita, surgiendo de huelgas y manifestaciones populares, con importante presencia y protagonismo de mujeres, sin aparente preparación y sin líderes, todo lo contrario a lo que las autoridades y policía zaristas y los partidos socialistas habían previsto. Un buen barómetro de la intensidad con la que esa tormenta revolucionaria afectó a tantos sectores diferentes de la sociedad es la rapidez con la que crearon sus propios comités como forma de defensa de sus identidades personales y de grupo.

El hecho de que esa revolución saliera tan directamente de las acciones colectivas de trabajadores industriales y de soldados campesinos, guiados por los más activistas, obreros conscientes y cualificados, y apoyados por la población en general, dejó, como señala Rex A. Wade, una impronta muy relevante en su carácter y en su posterior desarrollo: “la autoafirmación popular fue un rasgo dominante de toda la revolución de 1917”.²⁷

Durante ese verano, la confianza en que “la Gran Revolución Rusa” uniría a los ciudadanos había dado paso a la división. Bajo ataques desde la derecha y la izquierda, los gobiernos de Lvov y Kerensky se enfrentaron al desplome de las ilusiones sobre la capacidad del pueblo para fortalecer su concepto de la democracia y ciudadanía. Cuando se comprobó que las masas no lo apoyaban, esos gobiernos recurrieron cada vez más a la fuerza del Estado como única forma de persuasión. Y los campesinos, lejos de intimidarse, respondieron. Antes de julio, sólo se habían producido 11 intervenciones militares en el campo para reprimir disturbios. En julio y agosto aumentaron a 39 y en septiembre y octubre ya fueron más de cien. En la mayoría de los casos, los soldados dispararon contra los campesinos. Fue el final de lo que Read denomina la “luna de miel”, del matrimonio entre las nuevas autoridades y las diferentes manifestaciones de representación popular.

Las diferencias se hicieron irreconciliables. El lenguaje de clases, de revolución social y no sólo de reforma política, se había impuesto a los otros lenguajes (liberal, democrático, constitucionalista) que compitieron en ese escenario de crisis de autoridad, un cambio simbolizado por el creciente uso de “camarada” en vez de “ciudadano” como forma de dirigirse al otro. Lo que había comenzado en febrero con un motín en la guarnición militar de Petrogrado, acompañado de protestas de la población civil contra la inflación y la falta de alimentos, se había convertido tan solo ocho meses después en una revolución social, extendida al campo, a las fábricas, al frente y a los pueblos no rusos del Imperio. A esa rebelión le faltaba que alguien supiera llenar el vacío de poder que estaban dejando el

²⁶ Christopher Read, *War and Revolution in Russia, 1914-22*, p. 220.

²⁷ Rex A. Wade, *The Russian Revolution, 1917*, p. 42.

fracaso y la soledad del Gobierno de Kerensky. El camino estaba despejado para un partido revolucionario y contrario a la guerra. Y ahí aparecieron los bolcheviques. Y Lenin.

La conquista del poder por los bolcheviques es el otro acontecimiento clave en el que las investigaciones más recientes superan las viejas disputas entre la historiografía soviética y la antisoviética. Frente a ellas, subrayan la importancia del eslogan “Todo el poder para los Soviets”, y de cómo el apoyo popular a esas instituciones surgidas desde abajo allanó el camino a los bolcheviques.

Para Wade, la revolución de octubre de 1917 fue una “lucha popular” por esa causa y sólo después se convirtió en una “revolución bolchevique”. Según Read, hubo un golpe político de los bolcheviques, pero sólo posible por el masivo apoyo popular al poder de los soviets, el creciente movimiento de ocupación de tierras, el hastío de la guerra y las tremendas dificultades económicas. Un golpe de Estado, en su forma más pura, argumenta Read, es un cambio de personal en las altas esferas del poder político, un Estado que es tomado por los conspiradores y golpistas. En octubre de 1917, en Rusia “había muy poco Estado que tomar”.²⁸

La idea de la conquista del poder como resultado de un golpe contra un gobierno democrático es también cuestionada por Smith. “Tenía todos los elementos de un golpe (...) excepto por el hecho de que un golpe implica la conquista de un aparato de Estado que funciona. Y Rusia no había tenido ninguno desde febrero”. El Gobierno provisional careció de legitimidad desde el principio. Desde el verano, estuvo atrapado por una serie de crisis en cadena —en el frente, en el campo, en las industrias y en la periferia no rusa. Pocos gobiernos podrían haber lidiado con una situación así, y menos sin un ejército en el que confiar.²⁹

Adoptar esa línea de investigación permite desechar mitos e ideas falsas que han oscurecido durante mucho tiempo la comprensión de aquel cambio violento. En palabras de Wade, frente a esos mitos y visiones enfrentadas, “ni fue una simple manipulación de masas ignorantes por parte de bolcheviques cínicos, ni la conquista del poder cuidadosamente planeada y ejecutada bajo la omnipresente dirección de Lenin”. En última instancia, el apoyo de trabajadores, soldados y campesinos a los soviets, la institución dedicada a promover la revolución social, se combinó con la decisión fatal de los gobiernos provisionales de continuar la guerra. Y el fiasco del golpe de Kornilov ya había mostrado que la derecha estaba desorganizada y la contrarrevolución no tenía en esos momentos posibilidades de vencer.

Además de clase, género y nacionalismo, la agenda de los especialistas en Rusia incorporó también desde los años noventa algunos de los grandes cambios planteados por el postmodernismo, la historia cultural, las identidades sociales, el lenguaje y la representación. Orlando Figes fue uno de los primeros autores que, siguiendo esa combinación de enfoques sociales, postmodernistas y culturales, rastreó los símbolos y lenguajes de la revolución, convirtiendo en su magna obra la historia cultural en un asunto central para la representación del cambio histórico.³⁰

²⁸ La cita de Wade en *Ibidem*, de donde procede también la posterior sobre los mitos; la de Christopher Read, en *War and Revolution in Russia*, p. 118.

²⁹ S. A. Smith, *The Russian Revolution*, p. 38.

³⁰ Ese enfoque, que permea en su libro *The People's Tragedy*, lo hizo explícito Figes en “The Russian Revolution of 1917 and its Language in the Village”, *Russian Review*, 56 (July 1997), pp. 323-45. Interpretación cultural y postmodernista era también la del ya fallecido Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1989. Ver también L. H. Haimson, “The Problem of Social Identities in Early Twentieth-Century Russia”, *Slavic Review*, 47, 1 (1988), pp. 1-20. Resulta significativo que un historiador social “revisionista” como S.A. Smith pidiera en 1994, al señalar la agenda futura de las investigaciones tras la caída del comunismo, que la historia cultural no fuera solo “la guinda del pastel”, sino algo imprescindible para comprender el cambio histórico: “Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism”, p. 575.

Pero más allá de la renovada agenda de los investigadores y de los nuevos enfoques metodológicos e interpretativos, las revoluciones de 1917 en Rusia —especialmente la de octubre— hace tiempo que se convirtieron en “un tema privilegiado para debatir la violencia política moderna”³¹ y a ello voy a dedicar el último apartado de este artículo.

MANIFESTACIONES DE LA VIOLENCIA

La quiebra del imperio de los Romanov, con las dos revoluciones y la guerra civil que le siguieron, de donde emergió un nuevo Estado, el comunista, un proceso que duró alrededor de una década, costó a Rusia una auténtica sangría. La revolución, la guerra, el terror, el hambre y las enfermedades causaron diez millones de muertos entre 1917 y 1922.

El hambre, que se extendió sobre todo por la región del Volga entre 1921 y 1922, mató más que la revolución y la guerra civil, llevándose a las tumbas a unos cinco millones de personas. Rusia era ya una sociedad con altos niveles de violencia, pero el derrumbe del orden y de la autoridad del Estado, la guerra y la desmovilización de millones de ciudadanos armados, el delineamiento ideológico, revolucionario y contrarrevolucionario, con diversas divisiones internas en los dos bandos, abrieron las puertas a múltiples manifestaciones de violencia y terror.

Todos esos combates liquidaron a una buena parte de la elite de aristócratas, terratenientes, industriales, banqueros y a muchos profesionales. Más de dos millones de ellos acabaron en el exilio. Sus conocimientos en la administración de la economía fueron difíciles de sustituir. Desde el punto de vista económico, el balance fue catastrófico. Comparados con los niveles anteriores a la guerra de 1914, la producción industrial había caído el 20 por ciento hacia 1921. El producto interior bruto había descendido un quinto en 1917 y más de tres quintos en 1921. Los peores efectos se sintieron en las ciudades, donde la huida al campo o la muerte hicieron descender la población hasta niveles desastrosos. La antigua capital, Petrogrado, pasó de dos millones y medio de habitantes en febrero de 1917 a 750.000 en agosto de 1920. Moscú, la nueva capital desde el 12 de marzo de 1918, sufrió menos pero su máxima población de 1,8 millones en 1915 había quedado reducida a 1 millón en 1920.

En contraste con el terror “Rojo”, asociado claramente con la Checa, el terror “Blanco”, que ha recibido menos atención, se desató de forma cotidiana cuando los oficiales daban a sus hombres libertad para el saqueo y el despojo. La guerra civil dejó abundantes manifestaciones de esa violencia contra los campesinos que se oponían a la restauración del viejo orden, a cuyos “cabecillas” colgaban, y contra los judíos, a quienes veían como agentes principales de la revolución y de los bolcheviques. El antisemitismo violento de los Blancos aseguró la lealtad de la población judía a los bolcheviques. En Ucrania, al menos 100.000 judíos fueron asesinados en los pogromos protagonizados por las tropas del general Denikin y del político nacionalista ucraniano Simón V. Petliura (1879-1926). Se

³¹ Peter Holquist, “Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21”, p. 627. Holquist argumenta que en el debate sobre las causas de la violencia —con claros paralelismos con el debate sobre el terror en la revolución francesa y en el de la Solución Final en el Holocausto—, los especialistas se han adscrito a la teoría de las “circunstancias” o a la de la “ideología”, es decir, una “oposición binaria” entre “contexto” e “intención”. Lo que él plantea, más que situarse a favor o en contra de una de esas dos teorías, y siguiendo algunas de sus investigaciones o de Donald J. Raleigh, es “estudiar las condiciones históricas en las que circunstancias e ideologías se cruzaron/relacionaron para crear el estado bolchevique y la sociedad soviética” (p. 628). Y lo aplica al escenario ruso entre 1905 y 1921 (“Tiempos de conflictos”) y dentro de las convulsiones europeas entre 1914-1924.

mataba a los judíos para robarles y como venganza por el terror rojo. Cuando capturaban una ciudad, los oficiales del ejército dejaban a sus soldados dos o tres días de libertad para saquear propiedades y matar judíos, acciones en las que destacaron a menudo los cosacos. Los Blancos fueron los vengadores de quienes habían sufrido la revolución. Como declaró después el general Wrangel, “no llevamos el perdón y la paz, sino sólo la espada cruel de la venganza”. Muchos de sus oficiales eran hijos de terratenientes que tenían razones para odiar no sólo a los despreciados campesinos, sino a los “judíos bolcheviques” e intelectuales que les habían espoleado para ocupar sus tierras.

A la revolución le acompañó desde el principio el terror. Antes de que el sistema policial de las checas se centralizara y organizara desde arriba el terror político y se constituyeran los tribunales populares como forma de administrar justicia, amplios sectores de las clases populares, incitadas a veces por los bolcheviques y otros revolucionarios, hicieron la guerra por su cuenta a los privilegiados, a los burgueses, a la nobleza y al clero, y a los “enemigos de clase”. Lenin siempre abogó por utilizar la violencia contra los enemigos de la revolución y en esa explosión de violencia, y en la necesidad de controlarla por parte de los bolcheviques, se encuentran las bases de lo que sería el aparato de seguridad y represión de la dictadura estalinista.

Sobre el terror y la violencia que prevalecieron en Rusia durante la revolución y la guerra civil se levantó el posterior régimen estalinista y sus horrores. La celebración, apología y ejecución desde diferentes frentes de la violencia durante esa década de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles tuvo efectos duraderos mucho más allá del bolchevismo y de Lenin. Stalin se encargó después personalmente de dirigir la eliminación de la vieja guardia del partido bolchevique. Una buena parte de los revolucionarios, algunos de ellos muy ilustres —como Kamenev, Zinoviev, Bukharin, Trotski o Maria Spiridonova— fueron devorados por la propia revolución o por el aparato de Estado que surgió de ella.

Según Wildman, el avance de los bolcheviques a la cima de la revolución y la conversión de esa en una dictadura de un solo partido formaron parte de un proceso de largo alcance ocurrido durante la guerra civil, posible también por la quiebra de sus rivales políticos, incapaces de responder a la determinación de campesinos y obreros armados de consumir la revolución que habían iniciado.³²

En principio, si aceptamos la interpretación comparada que utiliza Holquist, no había nada “específicamente ruso” en esas acciones de masas violentas. Todos los contendientes de la Primera Guerra Mundial las habían utilizado. Lo peculiar de Rusia fue la incorporación posterior de esas prácticas al escenario político interno, durante la serie de sucesivas guerras civiles.

El régimen bolchevique sería de esa forma mucho más similar de lo que entonces pareció a otros Estados europeos movilizados durante la Gran Guerra. La diferencia fue que la Rusia soviética continuó con esas prácticas de guerra en tiempos de paz, absorbiéndolas como parte de su aparato de Estado ordinario. El Estado y la sociedad soviéticas nunca se separaron de la “movilización total” y fue eso lo que, después de 1921, les hizo diferentes a otras naciones europeas. Rusia había estado en guerra desde 1914, pero sólo como resultado de los acontecimientos de 1917 la violencia se convirtió en un “rasgo constitutivo de la vida política cotidiana”. Todas las formas de violencia, roja y blanca, estaban inextricablemente entrelazadas, surgidas de la marea sucesiva de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles.³³

En la interpretación de Holquist, el crescendo de violencia en Rusia a partir de 1905 culminó durante la guerra civil. Y en perspectiva comparada, “la violencia de la guerra ci-

³² Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 380.

³³ Argumento básico en la obra de Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution. Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, que desarrolla en pp. 143, 202-203 y 282-288.

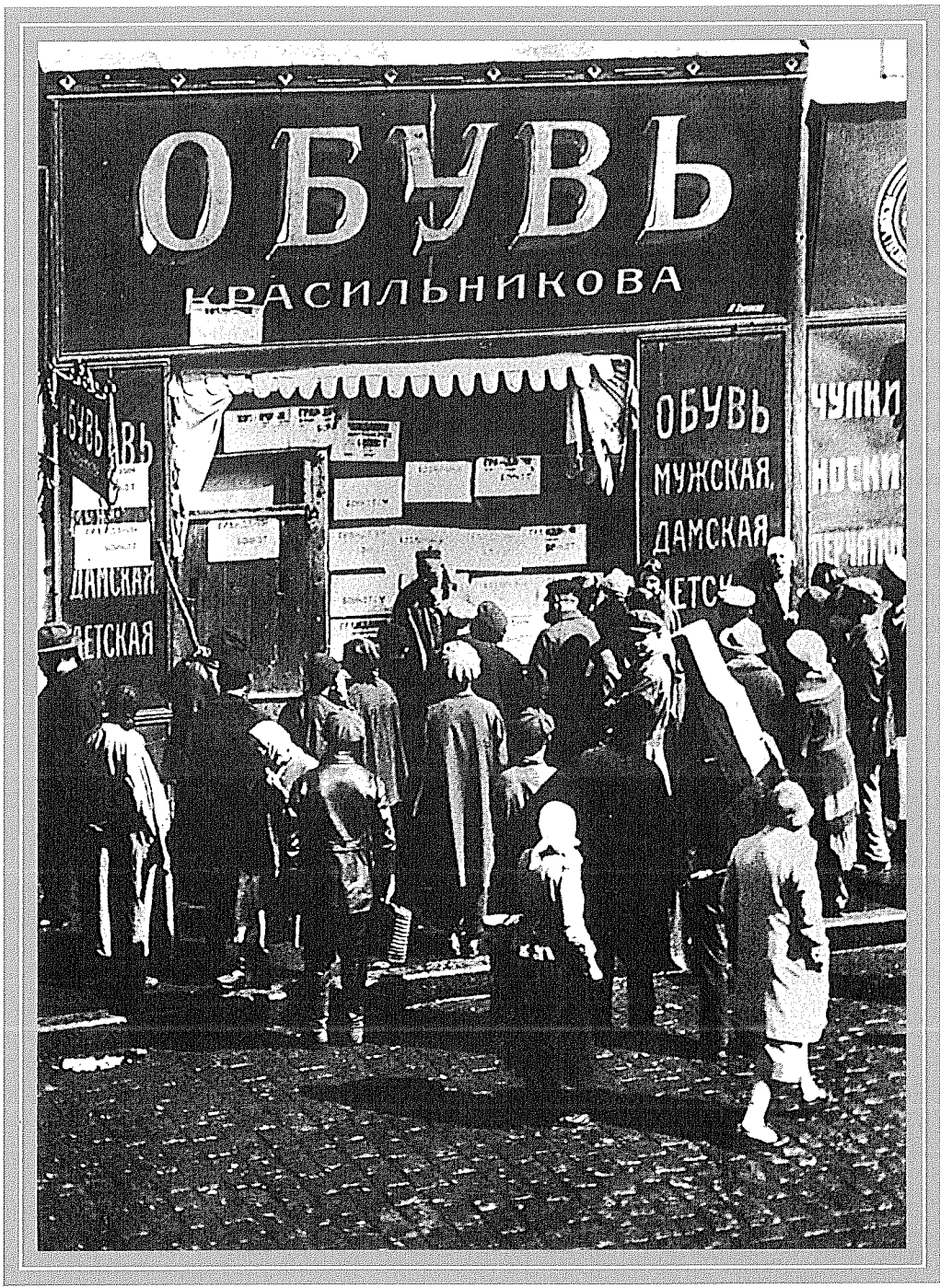


Foto Arkadi Shaikhet

vil rusa aparece no como algo perversamente ruso o singularmente bolchevique, sino como el caso más intenso de una guerra civil europea más amplia, que se extendió durante la Gran Guerra y se prolongó varios años después de su final oficial”.³⁴

Desde 1989, tal y como recordaba al comienzo de este artículo, resulta ya más difícil ver esas revoluciones, y especialmente la bolchevique en Rusia, sin una conciencia de la espantosa violencia que las acompañó. Se sigue hablando de revoluciones, pero, en palabras de Arno Mayer, como “celebración de revoluciones esencialmente incruentas por los derechos humanos, la propiedad privada y el capitalismo de mercado”.³⁵

Muchas personas hoy, influidas por una parte sustancial de los relatos históricos y por los usos políticos de la historia, en un mundo en el que se marginan las luchas por la igualdad y una más justa distribución de la riqueza, reducen las revoluciones a la violencia. Las revoluciones en Rusia, especialmente la bolchevique, marcarían el inicio de un ciclo de violencia que llevó de forma inexorable a los horrores del nazismo y del estalinismo, identificados tras 1945 como los principales paradigmas del totalitarismo. Las revoluciones, según esa interpretación política desde el presente, fueron un fracaso y crearon un régimen y un orden social peores que el zarista al que derribaron y sustituyeron.

Sin olvidar los terribles costes sociales de aquellas transformaciones, los historiadores no podemos ni debemos evitar el análisis de por qué aquellas revoluciones ocurrieron, y específicamente en Rusia, y por qué las diferentes formas de socialismo, moderado o radical, fueron tan atractivas y esperanzadoras para millones de obreros, soldados y campesinos. Las diferentes valoraciones morales sobre el comunismo, su utopía, los sueños y pesadillas que generó, resultan poco útiles para explicar cómo y por qué la revolución estalló en Rusia en febrero de 1917, la conquista del poder por los bolcheviques y los efectos que todos esos acontecimientos tuvieron en la configuración del mundo del siglo XX.

El desplome de la Unión Soviética permitió investigar e interpretar con una mejor perspectiva la espiral de conflictos, cambios, sueños, decepciones y violencia que se desató en la Primera Guerra Mundial y continuó después durante los años de revolución y guerras civiles. Para comprender el complejo escenario cultural y social del imperio ruso, un buen número de historiadores han incorporado nuevas visiones sobre identidades de clase, nacionales, étnicas y religiosas, que se han sumado a la historia política y social de las revoluciones presentes ya desde finales de los años sesenta del pasado siglo.

El balance historiográfico es diverso, privilegiado, a la altura de los grandes debates sobre la revolución francesa, impregnado también de usos políticos desde el presente y de diferentes versiones en torno a las conmemoraciones. S.A. Smith, uno de los más notables especialistas, planteaba recientemente que, con tantas nuevas fuentes e interpretaciones, nuestro “conocimiento” sobre aquel convulso período “ha aumentado significativamente”, pero que en algunos aspectos fundamentales “nuestra capacidad para *comprender* –y sentir empatía con– las aspiraciones de 1917 ha disminuido”. Es un buen argumento para pensar, cien años después.³⁶

³⁴ “Violent Russia”, p. 645.

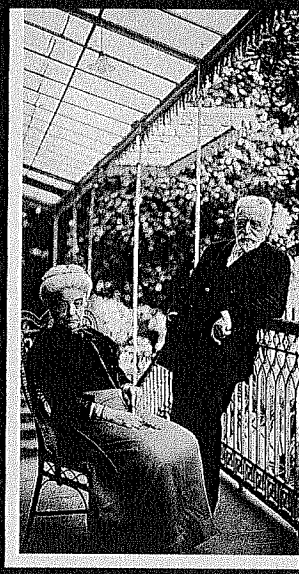
³⁵ Arno Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolution*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001, p. 3 (versión en castellano en Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2014). La idea de que en la actualidad ya no se ve la revolución con “simpatía” y las implicaciones que eso tiene para el estudio de su historia, está planteada por S.A. Smith en “The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On”, pp. 733 y 748-49.

³⁶ S.A. Smith, “The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On”, p. 733. La respuesta crítica de otro notable historiador, Donald J. Raleigh, es menos pesimista sobre la capacidad de comprender aquellos acontecimientos tras la profunda renovación historiográfica que se ha producido en los últimos veinte años: “The Russian Revolution after All These 100 Years”, *Kritika: Explorations in Russia and Eurasian History*, 16, 4 (Fall 2015), pp. 787-797.

hiStoria Social

Núm. 86

2016



DOSSIER

LOS ROSTROS CONFRONTADOS DE LA ESPAÑA LIBERAL

Jordi Roca
Jorge Luengo
Juan Luis Bachero

ÉLITES EN PUGNA POR LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

José Seguí Cantos

MEMORIA COLECTIVA EN GUAM

Alexandre Coello de la Rosa
David Atienza de Frutos

BLOQUEO MARÍTIMO Y GERMANOFOBIA

Carolina García Sanz

NEO-REVISIONISMO E IZQUIERDA

Chris Ealham

86

ESTUDIOS: *José Seguí Cantos*, Pugna de las élites civiles y religiosas por la Universidad de Valencia: Las cátedras pavordías (1499-1611). *Alexandre Coello de la Rosa* y *David Atienza de Frutos*, Sobre amnesias y olvidos. Continuidades y discontinuidades en la (re)construcción de la memoria colectiva en Guam (islas Marianas). *Carolina García Sanz*, Del "egoísmo inglés" al "sacro egoísmo" italiano en la Gran Guerra. Bloqueo marítimo, maquiavelismo y germanofobia. DOSSIER: LOS ROSTROS CONFRONTADOS DE LA ESPAÑA LIBERAL: *Jordi Roca Vernet*, Fiestas cívicas en la revolución liberal: entusiasmo y popularidad del régimen. *Jorge Luengo*, Las élites liberales: una sociedad conyugal. *Juan Luis Bachero Bachero*. La deportación en las revueltas españolas de 1848. PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS: *Chris Ealham*, La historia social, el (neo-)revisionismo y el mapa de la izquierda española de los años 30.